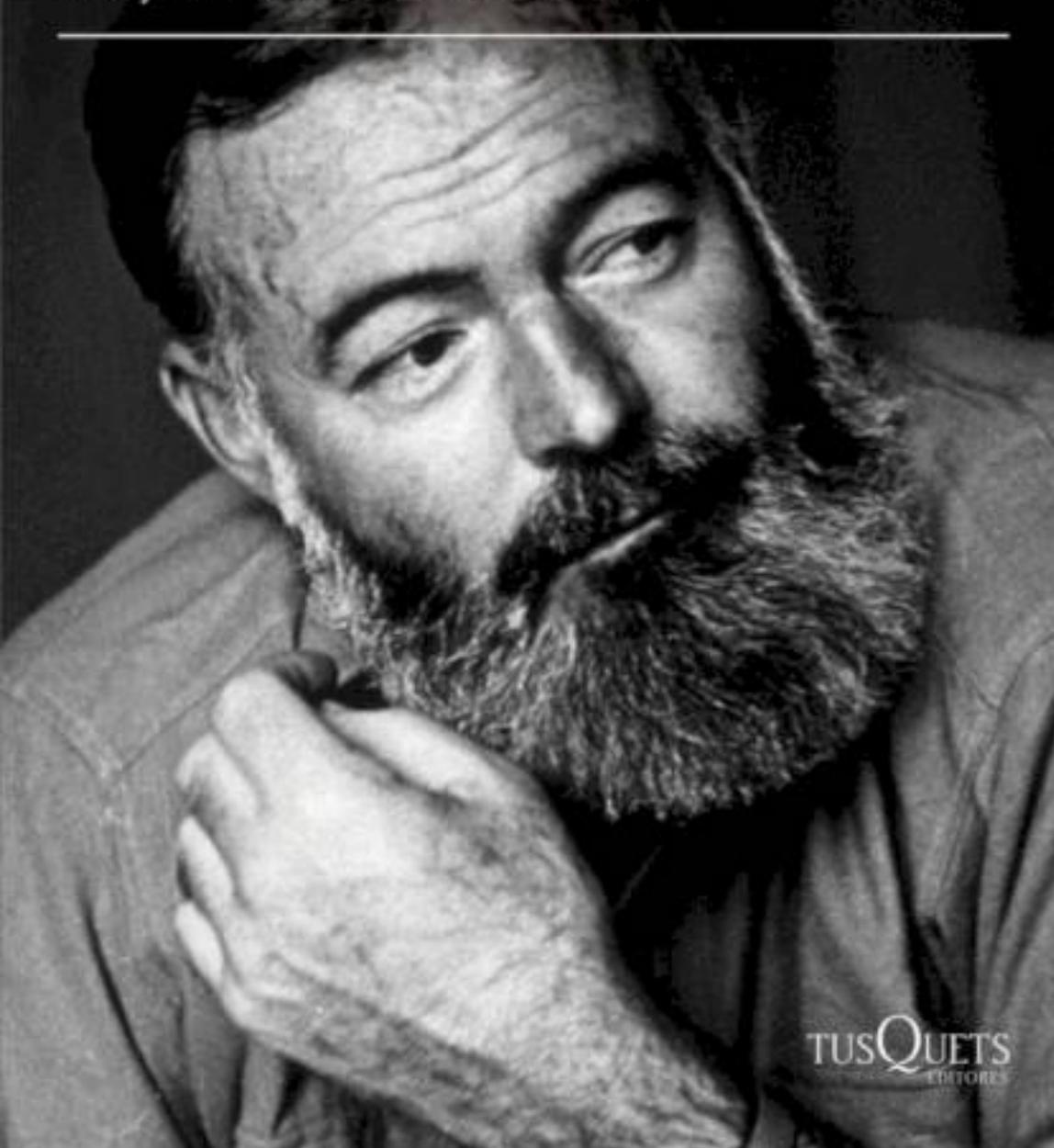

TIEMPO DE MEMORIA

Philippe Ollé-Laprune

LOS ESCRITORES VAGABUNDOS

Ensayos sobre la literatura nómada



TUSQUETS
EDITORES

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE
LOS ESCRITORES VAGABUNDOS
Ensayo sobre la literatura nómada

Trad. de Claudia Itzkowich y Héctor Iván González

TIEMPO
DE MEMORIA
TUSQUETS
EDITORES

Índice

Introducción

Errancia, búsqueda y exilio

Primera parte

Europa-América Latina:
Los escritores vagabundos

- I. Un espectáculo extranjero,
y con ello quiero decir extraño...
Derrota de la amargura
Viaje y correspondencia
Navegar en un vaso
- II. El sentido de la búsqueda
Perfumada conquista
El relámpago en la noche oscura
Dos Césares peruanos bajo la lluvia parisina
- III. De la deambulaci3n azarosa
y la b3squeda esperanzadora
al destierro definitivo
La voz sorda del exilio
Las murallas de la profusi3n
El solitario eminente en los territorios
de la inmadurez

Conclusi3n de la Primera parte

Tentaci3n de la mascarada

Segunda parte

La escritura n3mada
De madera, brasas y cenizas
El rebrincado despegue de la mosca
Mascarada para un hombre que naci3 horadado
La opulencia de la encrucijada y la acuidad de los ex-
tremos, Robert Desnos y Cuba

«Nada es verdad. Todo está permitido»

Cominus et eminus

Del mundo de ayer a la tierra del futuro

«Papa» Hemingway en los trópicos

«¡Y nosotros somos los

que tenemos la razón!»

«No, no tengo el honor»

En el delicado fondo de la selva elemental

La tierra de la belleza convulsiva

Conclusión de la Segunda Parte

¡América! Un trozo de imaginación

Agradecimientos

Bibliografía

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

*Para Marta, Yann y Adrian,
en el corazón del viaje y de sus tentaciones.*

Todo paraje extranjero tiene algo de mascarada.

HENRI MICHAUX

Introducción

Errancia, búsqueda y exilio

En un escrito de 1524, Hernán Cortés se refiere a un lugar de culto del pueblo mexica con las palabras «gran mezquita». Ante el vértigo de lo desconocido, se vuelve hacia lo ya visto. Y, mediante esa torsión de lo real, se va por lo seguro y lleva esta realidad nueva a una experiencia anterior. Los europeos conquistaron los territorios y colonizaron los pueblos de América hasta el grado de doblegarlos a sus utopías y fantasías. Gracias a esta construcción quimérica del lugar, les ofrecieron un material ideal a los escritores por venir.

En contraste, si bien es cierto que los latinoamericanos sintieron deseos por Europa, sus vínculos con lo real los condujeron a lo incontestable y a lo tangible. Sus aspiraciones los llevaban hacia un modelo y a frecuentar respetuosamente a personajes imponentes. «Yo soñaba con París desde niño, al punto que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París.» Rubén Darío revela aquí su sueño de aprendiz de escritor y se convierte así en el precursor de muchos otros jóvenes autores que saldrán a buscar lejos su modelo e inspiración. Uno de los primeros escritos de Julio Cortázar es un ensayo sobre Rimbaud, y Octavio Paz expresa así su adhesión al París de posguerra: «No era de ahí y, sin embargo, sentí que tenía una patria intelectual. Una patria que no me pedía papeles de identidad».

De ambos lados del Atlántico, en las fantasías más profundas, ancladas en ilusiones que invitan a algún lugar lejano, el imaginario a menudo se ha proyectado más allá del

oleaje. Cada uno ha creído ver en el otro la imagen de la felicidad y el espacio ideal para desplazar sus propias fantasías. Desde que los dos continentes empezaron a tener vínculos estrechos, llevan una relación única debido a la distancia que los separa y a una proximidad que implica una especie de complicidad. El pasado les legó lenguas, valores y creencias comunes, pero también divergencias que alimentan el diálogo, enriquecido por las semejanzas perceptibles y las fructíferas disonancias. El desfase entre los dos territorios invita a colmar el vacío para plantar ahí las propias ilusiones y dejar correr la imaginación.

Durante cinco siglos de intercambios de miradas y de curiosidades recíprocas, hubo escritores que dieron forma a estos cuestionamientos o los utilizaron para encontrar una resonancia más universal. El papel del escritor es conservar la memoria, hallar una coherencia en el caos e inventar fábulas que nos transporten a un lugar ajeno, cargado de sentido y de asombro. Ese desplazamiento espiritual traduce el paso geográfico de un extremo al otro del océano: el viaje y la literatura son dos maneras de desafiar los legados o las ataduras de la existencia. Estas dos actividades pueden también constituir una forma menor de resistencia de los más rebeldes o, simplemente, de aquellos a quienes les cuesta atenerse a la realidad. Muchos escritores creyeron percibir en la otra orilla un territorio misterioso y fascinante. Esta travesía, en los dos sentidos, se practicó mucho en el siglo xx: los autores adivinaron que la tierra de enfrente acogería su mundo interior, que les permitiría escribir y les daría la posibilidad de aprehender el mundo desde un nuevo ángulo.

Los europeos observan el nuevo mundo como si ofreciera un espacio idílico y un vigor que le hacen falta a su entorno. La naturaleza, los paisajes, el mestizaje o la vitalidad de los países «nuevos», con o sin motivos, da igual, dan una impresión de inocencia y de frescura. Al rechazar una sociedad apretada, estrecha o asfixiante, el escritor del viejo continente ve en las tierras llamadas «nuevas» la esperanza de un segundo aliento o de una regeneración. El pri-

mero de ellos es Cristóbal Colón, quien no se cansó de demostrar que había descubierto el paraíso terrestre. Desde entonces, la idea de un «sueño latinoamericano» ha circulado con insistencia. Obligados o cautivados, intrigados o apasionados, los autores occidentales se volcaron a América Latina para llevar a cabo sus deseos más exaltados. D.H. Lawrence planea crear en México sociedades utópicas, Artaud busca ahí un saber ancestral que reconcilie la magia y la vida, Lowry descifra lo real para descubrir el sentido oculto de cada elemento del paisaje. El viaje detona las fantasías, provoca una conmoción que sacude la personalidad y nutre la obra en construcción. Ya desde principios del siglo XIX Víctor Hugo anuncia: «Desde este hogar [América] se esparcirá sobre el mundo una luz nueva que, lejos de desecar los antiguos continentes, les dará quizá calor, vida y juventud». Gombrowicz no dice algo muy distinto cuando, en su exilio argentino, descubre un lugar en el que su noción de «inmadurez», ya presente no obstante en sus primeros textos escritos en Polonia, encuentra una patria. Y Caillois expone cómo el joven intelectual parisino que era pudo extraer de ahí una fuerza que la erudición en la que evolucionaba no le permitía alcanzar: «Mi estancia en Sudamérica, donde los libros y aquellos que los leen cuentan mucho menos que la naturaleza y los iletrados, fue para mí una seria llamada de atención». Incluso Henri Michaux en *Ecuador*, a pesar de sus reservas sobre el exotismo y los lugares comunes fundados sobre falsas diferencias, reconoce al final: «Ecuador, tú eres a pesar de todo un país increíble...». Cendrars, Bernanos o Zweig en Brasil no paran de celebrar la generosidad de la naturaleza y la belleza del lugar, una estética salvaje e intensa que rompe con la Europa sensata y previsible.

En una especie de respuesta, los latinoamericanos hacen también la travesía y alimentan de la misma manera sus quimeras y sus esperanzas de mejoramiento. Toman el barco, impulsados hacia parajes susceptibles de procurarles herramientas, respuestas o al menos experiencias nuevas que no podrían adquirir en su país. Durante siglos, salvo

muy pocas excepciones, el saber y la cultura viajaron en un solo sentido, de las metrópolis a las colonias. A partir del viaje a Europa de Rubén Darío, a fines del siglo XIX, la cuasi peregrinación hacia el viejo continente constituye una etapa obligada para los autores latinoamericanos. A menudo asqueados por la mediocridad reinante, ansiosos por completar una formación que juzgan llena de lagunas, ascienden a la fuente de su civilización, al encuentro de aquella Europa que colonizó, impuso sus lenguas y sus creencias y que sigue siendo el núcleo de sus saberes. Se percibe mejor la evolución de las literaturas de América cuando se comprende que se sitúan en relación con las culturas madre, cuando se capta su deseo de distinguirse, de inventar rasgos originales. Algunos escritores no toman consciencia de su particularidad sino hasta que se instalan en un nuevo entorno. Ni Asturias ni Cardoza y Aragón se apropiaron tanto del mundo maya como cuando vivieron en la capital francesa. Y todos aquellos que siguieron esta ruta aprendieron tanto sobre los países visitados como sobre su tierra natal. Es un desfile incesante el que impulsa a Carpentier, Sabato o Borges y luego a García Márquez, Cortázar, Ribeyro, Sarduy, Puig o Gelman a estos desplazamientos. España acoge a Onetti y luego a Bolaño; Londres a Cabrera Infante, y Sergio Pitol extiende su vagabundeo europeo durante largos años. Fuentes y Vargas Llosa construyen su fama mundial en el viejo continente, pues éste constituye no sólo el corazón de la cultura, sino también el lugar del reconocimiento y del éxito, o por lo menos así fue por mucho tiempo. En esa época, las viejas capitales demasiado sensatas marcaban la pauta, tanto de los misterios del mundo, como del valor de las obras.

Cada quien tiene sus razones para partir. Cada escritor que realiza la travesía obedece a un destino único. ¿La atracción que sienten es de la misma naturaleza? ¿La visión del latinoamericano es del mismo orden que la del europeo que se proyecta más allá del océano? Estas problemáticas invitan, más que a comparaciones puntuales, a la reflexión acerca de las nociones de la escritura y de los lugares aje-

nos, acerca de las causas de la seducción que ejercen las lejanías y que permiten que la escritura se desarrolle, acerca de la capacidad que tienen los autores literarios para proyectarse en un entorno nuevo y para dotar ahí a sus palabras de un vigor renovado. Al examinar sus obras, se distinguen entre los escritores europeos y latinoamericanos tres motivaciones para lanzarse a la aventura (sin contar las profesionales): la errancia, la búsqueda y el exilio. Estas razones no se excluyen entre sí y pueden incluso combinarse sin la menor fricción.

La errancia es aquella forma de vagabundeo que le confía al azar la tarea de proponer sucesos y encuentros, elementos fructíferos para el escritor y su obra. Entre los dos continentes existe una complicidad que hace la expedición más fácil de descifrar y los choques menos violentos. A este tipo de viaje, paseo o lenta deriva, se entregan Henri Michaux en Ecuador, Malcolm Lowry en México o Julio Ramón Ribeyro en Europa.

La búsqueda, por el contrario, es un desplazamiento intencional, voluntario, en pos de verdades nuevas, de saberes y de valores olvidados en la tierra de origen. El escritor latinoamericano es sensible a la impresión de plenitud, de organización y de culminación que despide Europa. Su *alter ego* del viejo continente se complace al ver más allá de los mares el lugar donde la vida conservó un sabor singular y auténtico; percibe que ahí la existencia está menos establecida y que esa cualidad de boceto hace posible una mayor libertad de acción y de escritura. Para esos escritores, la tierra lejana posee virtudes que avivan el espíritu del viajero; ellos se dirigen hacia el otro lado con un objetivo preciso. Artaud en México, César Moro o César Vallejo en París encarnan ese tipo de trayectoria. Se van lejos con la certeza del cruzado. El viaje debe ser una revelación y la escritura ha de tener la capacidad de darle forma.

Por su parte, los exiliados de ambos continentes colman los libros de historia de la literatura a todo lo largo de siglo xx. Los nombres vienen a la mente sin problema: Benjamin Péret y Anna Seghers en México, Georges Bernanos y Ste-

fan Zweig en Brasil, Roger Caillois y Witold Gombrowicz en Argentina y, en el otro sentido, Cortázar y Sarduy en París o Cabrera Infante en Londres, a quienes se pueden sumar Juan Gelman, Eduardo Galeano, Pablo Neruda, Gonzalo Rojas, Juan Carlos Onetti o Roberto Bolaño. Para estos desarraigados, la escritura puede conjurar la ausencia, resucitar el pasado o canalizar el deseo de acercar el nuevo entorno y las ficciones que los habitan. El escritor es un exiliado especial, pues su posición, aislada del mundo, hace de él un marginal y un desterrado; el autor forzado a la expatriación queda así doblemente excluido de lo real, primero en su calidad de ente literario, pero también como exiliado. Es aún más sensible que otros a esa cualidad de la escritura que permite jugar con la dialéctica presencia-ausencia, a la posibilidad que ofrece su arte de darle vitalidad a los personajes desaparecidos o a la tierra lejana, de reinventarla o incluso distorsionarla. Puede imponerle al lector la sensación de la pérdida, que tanto se parece al avance sordo que caracteriza el paso del tiempo y la progresión de la muerte. El escritor es quizás el extremo más agudo de una forma de ser en el mundo, de una gran lucidez, consciente del vacío.

Nuestro escritor desplazado no se mezcla, por lo general, con los artistas locales, ni se interesa por las corrientes estéticas o intelectuales de su nuevo medio. Ése no fue el motivo por el que cruzó los mares. El hombre de letras es por definición un descentrado y un excéntrico.

La escritura, para ser significativa, actúa al margen de la sociedad y el creador debe confinarse ahí para expresar mejor el sentido del mundo, las tinieblas y las preguntas. Puede ser un maestro de lo grotesco, que ponga en evidencia los aspectos inquietantes o ridículos de la existencia. La relación del escritor con su propio entorno original es de la misma naturaleza que el vínculo que se instaura con su nuevo entorno del otro lado del Atlántico, sólo que más intenso. Se vuelve más descentrado y más excéntrico

en el territorio lejano, profundiza ahí su manera de ser y, de ese modo, continúa su obra hurgando de manera más profunda en las preguntas que lo atormentan. A través de este desarraigo, se acerca más rápidamente al núcleo central de sus textos futuros, como si el viaje tuviese la virtud de acelerar su maduración.

Errancia, búsqueda y exilio: tres motivaciones para irse que asocian, quizá de manera impune, a escritores provenientes de ambos lados del Atlántico. Estos viajes, sin embargo, no siempre presentan características idénticas: el deseo de imponerles una equivalencia, de ver en ellos una forma de reciprocidad, alcanza pronto sus límites, aun si compararlos constituye un ejercicio fructífero.

Del lado del viejo continente, los autores desearon con seguridad volverse huérfanos, no deberle ya nada más a nadie, hacer *tabula rasa*; oyeron el llamado del retorno, de un lugar que vieron como virgen e inocente, fuente de fuerza y de ardor. El cruce del océano constituye una respuesta voluntaria a sus lagunas, si no es que a la asfixia que les aqueja. Se observará más adelante en las estancias de Malcolm Lowry, Witold Gombrowicz y Antonin Artaud, ya que cada uno ilustra una forma particular de desplazamiento.

A los autores latinoamericanos también los atrae lo que les hace falta, pero da la impresión de que sus imperativos son más vivos, y los campos de lo posible, más estrechos. En los trópicos, las condiciones sociopolíticas, culturales o económicas imponen límites autoritarios a aquellos que viven a través del pensamiento o en el imaginario. Ellos más bien parecen haber buscado padres en el transcurso de sus expediciones. César Moro, César Vallejo, Severo Sarduy y Julio Ramón Ribeyro vivieron con una clarividencia ejemplar la conjugación del viaje y la escritura. Ante las amenazas y la miseria de sus países de origen, se dejaron captar por las luces de las capitales europeas.

Estos periplos mezclan viaje y escritura, expatriación y construcción. En esta dinámica que combina falsas apariencias y espectros, el escritor es el amo del simulacro: domina la dinámica ilusión-realidad a la que lo invita tanto el viaje

como la práctica de su arte. Sabe jugar con la vida o aprende a hacerlo, a colocarse en un universo distinto para exponer mejor sus propias quimeras.

Estas historias pertenecen a un tiempo en el que se pasaba lentamente de un lugar a otro. Ahí de nuevo viaje y escritura entran en resonancia, en la medida en que la ausencia de precipitación permite que estas dos actividades procedan de un mismo impulso. Viajar y escribir constituyen actos que se realizan de manera singular, actos que sostiene la especificidad de cada quien. No obstante, los escritores desplazados poseen elementos comunes, debido a sus viajes y destinos comparables. Recorrer el lado extremo y cargado de sentido de estas aventuras nos devuelve de manera inevitable a los fundamentos mismos de la escritura y de los enigmas que la sustentan.

Latinoamérica, la inclusión provisional

En el movimiento que la lleva a elevarse frente a lo real, la escritura literaria se alimenta de un deseo de oposición al ambiente inmediato, comparable al que envía al viajero a la lejanía. Cada uno de los actores de esas dos actividades, el escritor como el nómada, procede por el gusto de la fuga y a partir de la voluntad de explorar. «Un buen día se siente la imperiosa necesidad de partir», escribió D.H. Lawrence...; lo mismo podría haber dicho del impulso que lo orilló a la redacción de sus libros. Cuando esos dos impulsos surgen en una misma persona, la sed de escapar alimenta la obra y la hace más singular y más firme. Al menos es lo que algunos autores de la literatura occidental nos permiten pensar. La asimilación de sensaciones diferentes de las que guarda la tierra de origen, la curiosidad natural frente a una realidad distinta y la necesidad legítima de expresar sus obsesiones personales en un universo extranjero inducen tantos efectos fructíferos en el espíritu como en la pluma del escritor al viajar. La búsqueda de la lejanía conduce a la

construcción de una voz propia y a la elaboración de un universo enriquecido con mudas discordancias que impone lo nuevo.

Entre las múltiples travesías posibles, las que llevan a los autores occidentales a viajar hacia Latinoamérica llaman particularmente la atención: esta lejana tierra es la del mestizaje, el único lugar del planeta que Europa soñó primero para después conquistar, ocupar, trastornar. Esas estadias llevaron al sueño, a la utopía y a la perdición. Entre ese mundo, que sienten nuevo y propicio para la elaboración de textos innovadores, y la cultura que los anima, se instalan con naturalidad las resonancias y las disparidades que hacen más deslumbrantes las palabras y las inspiraciones. Los cruzamientos ofrecen una paleta de operación más vasta e invitan a extender los territorios de las posibilidades. Esas tierras, ellas también, se han nutrido de ganas de crear expresiones originales, de mezclar lo local con lo lejano, ver hacia lo universal, y han suprimido de esta forma las posibles confrontaciones entre las aspiraciones del lugar y las adquisiciones de la metrópoli. Ahí saben ser lo uno y lo otro. Ahí saben que la fusión hace más fuertes los sueños y las imágenes, los relatos y los poemas. Las mayores diferencias y las disparidades intensas producen un vínculo más resistente. Los lugares comunes que a menudo acompañan esta noción de mestizaje en nuestra época hacen olvidar la fuerza con la cual fue forjada.

También otras geografías han sido atractivas, como la Asia de Segalen o la África de Conrad. Pero el escalón es más alto, la distancia mental más grande: la diferencia deja percibir una imposibilidad de penetrar los misterios o incluso de poder asir lo esencial del lugar para apropiárselo. El escritor atraviesa un espacio en el que hay muchas dificultades para reencontrarse y para orientarse. Esta sensación también posee un conjunto de beneficios y, frente al enigma, cada uno reacciona con sus herramientas: Segalen ofrece *Stèles* o *Équipée*, ejemplares interrogaciones acerca del exotismo y el viaje, y Conrad con *El corazón de las tinieblas* nos da un relato que gira alrededor de las cuestio-